

Homilía en la fiesta de san Juan de la Cruz

P. Saverio Cannistrà, ocd, Prepósito General
Capilla del Teresianum, 14.12.2016

Queridos todos,

La Palabra de Dios que hemos escuchado en esta celebración litúrgica, nos ayuda a entrar en el espíritu del santo que hoy celebramos, nuestro padre fray Juan de la Cruz y, al mismo tiempo, a comprender el don de la profesión solemne de los votos religiosos que cinco de nuestros hermanos están por realizar.

Ante todo se trata de una palabra que nos habla de nuestra dignidad de hombres: “porque eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo”, ha dicho a cada uno de nosotros el Señor en la primera lectura por boca del profeta Isaías. Y el apóstol Pablo le ha hecho eco afirmando que no somos esclavos, sino hijos y herederos de Dios, llamados a participar de su gloria. La gloria de Dios es una meta misteriosa que solo podemos adivinar de lejos y como en un espejo, porque ella se sitúa más allá de nuestra capacidad de comprensión e incluso de nuestros deseos. Y, finalmente, Jesús en el evangelio pide al Padre para nosotros la cosa más grande y más inconcebible: que seamos una sola cosa con él y con el Padre. Jesús nos revela así claramente qué es la gloria de Dios: es misterio de unidad, de comunión, de superación definitiva de la soledad y de la división.

¡Qué hermoso y consolador resulta todo esto! Tenemos que dirigir a menudo la mirada hacia este horizonte, en caso contrario el camino nos parecerá muy duro, demasiado largo y demasiado exigente. Creo que uno de los secretos del camino de la santidad y, en modo particular en aquél recorrido por san Juan de la Cruz, es alimentar esta llama en el corazón, tener encendido el deseo de cosas grandes, sin limitar ni el corazón ni la mente con pequeños proyectos, con pequeñas satisfacciones terrenas.

Esto es lo que nuestros hermanos están ahora a punto de prometer solemnemente ante la Iglesia: Se comprometen a permanecer en esta tensión incesante, en este deseo insatisfecho, en esta apertura y docilidad a los designios de Dios. Por eso hacen voto a Dios de castidad, pobreza y obediencia, porque quieren ser hombres de una medida llena, alta, la que Dios ha pensado para sus hijos.

La Palabra de Dios, sin embargo, si la hemos escuchado con atención, nos ha hablado también de otra dimensión de la condición humana, más oscura e incómoda: nuestra debilidad, nuestra ignorancia. “Ni siquiera sabemos lo que nos conviene pedir”, escribe Pablo. Miedos y

deseos luchando entre ellos, nos arrastran, nos confunden, nos hacen perder el camino. Como dice Isaías con su lenguaje poético, tenemos que atravesar ríos y pasar en medio del fuego. Sin embargo no hay contradicción entre la gloria a la cual somos destinados y el reconocimiento de esta fragilidad y pobreza. Al contrario: solo asumiendo hasta el fondo nuestra nada, podemos llegar al todo. Solo descendiendo en las profundidades oscuras de nuestro ser hombre, podemos encontrar al Dios que nos eleva a sí con alas de águila. Así, el sentido de los votos que ahora nuestros hermanos van a emitir es también este: estar preparados a experimentar la propia debilidad, el ser miserables y pecadores, sin asustarse, sin escapar, sino permaneciendo humildemente en la propia nada, confiados en el amor misericordioso de Dios. A veces me encuentro con religiosos orgullosos, cuya única preocupación parece ser defender sus propios derechos o gloriarse de sus propios méritos. Esto me asusta, no porque es un pecado, sino porque es una contradicción viviente, una pérdida total de sentido. Si no nos disponemos a recorrer un camino de abajamiento y desnudez, es mejor buscar un camino distinto al de la vida religiosa.

Hay un tercer tema del cual nos habla en esta tarde la Palabra de Dios, que ha sido fundamental para Juan de la Cruz tanto como para Teresa y los otros santos del Carmelo; el de la verdad: “Padre santo, conságralos en la verdad. Tu palabra es verdad”. Nosotros ¿Creemos todavía en la verdad? ¿Es para nosotros importante todavía aceptar la verdad de los hechos, la verdad de lo que efectivamente somos? ¿Somos capaces de decirnos la verdad? Vivimos en la época de la *post-truth*, de la post-verdad: lo que influye las decisiones de las personas no son los hechos, sino las impresiones, las sensaciones, el “me gusta-no me gusta” de las redes sociales. Así, el círculo se cierra y también el *verum* es devorado por la cultura del post (post-moderno, post-cristiano, post-humano, etc.).

Nosotros somos carmelitas descalzos, hijos de Teresa y de Juan de la Cruz. Parece que nuestra especialidad es la espiritualidad. Según mi criterio, la vida espiritual, por su radicalidad, puede y debe ser la última línea defensiva de la verdad. A menudo, sin embargo, también ella es atropellada por la niebla de los gustos y de las emociones. Aconsejo a todos, y en modo particular a nuestros hermanos que están a punto de comprometer su vida en un camino de vida espiritual, de releer la carta que Juan de la Cruz escribió a un religioso carmelita el año 1589: es un texto profético, que golpea por su actualidad y por el rigor lógico con el que distingue entre sentimientos y amor. A Dios se llega a través de el amor, que es Dios mismo en su ser y es el amor con el que Dios nos ama. Lo que sentimos, las alegrías y las tristezas, los placeres y los disgustos, no están privados de valor: son “motivos para amar”, pero no son el amor. Si se transforman en fines, el alma se repliega sobre sí misma y se cierra a Dios.

Queridos hermanos, necesitamos escuchar de nuevo estas palabras, meditarlas a menudo; son palabras de una persona que ha cumplido hasta el fondo la experiencia de nuestra vocación y, por ello, es capaz de formarnos. Si hay algo que quisiera desearos, en el día de vuestra profesión solemne, es precisamente este: que vuestra formación no se limite a estos primeros años de vida religiosa. Continúad leyendo los escritos de nuestros santos, continuad extrayendo de ellos las palabras de amor y luz que dilatan los corazones y los hacen capaces de Dios.